

1. ORÍGENES DE LA RELIGIÓN ROMANA: ORÍGENES INDOEUROPEOS.

Si existe una religión fácil de definir en el mundo antiguo es la religión romana. Pero cuando se trata de precisar y delimitar las cuestiones, empieza a surgir dificultades.

Las opiniones sobre los orígenes divergen, y a veces llegan a enfrentarse: religión primitiva, totalmente impregnada de magia y de supersticiones; religión derivada de creencias muy anteriores, de una herencia indoeuropea, y que manifiesta, desde su mismo nacimiento, una estructura y unos rasgos sólidos y duraderos.

Los pueblos itálicos forman parte del conjunto de pueblos denominados indoeuropeos. Parentesco que supone la existencia de una civilización y una religión comunes en la protohistoria de todos estos pueblos. Por lo que, ningún estudio sobre religiones de pueblos indoeuropeos puede prescindir de las investigaciones comparativas.

Los mitos que los diferentes pueblos indoeuropeos han heredado de sus ascendientes comunes adquieren fisionomías diversas. En Grecia, la vida de los mitos está constantemente animada por una imaginación viva y móvil. Los germanos sienten predilección por los dramas cósmicos, mientras los celtas la sienten por los relatos heroicos. Los romanos parecen refractarios a los juegos de la imaginación religiosa. La piedad romana, encarnada en la persona de su héroe fundador, el troyano Eneas, es una piedad profunda y sincera, sin cesar atenta a mantenerla *pax Deum*, las relaciones básicas de buen entendimiento entre la ciudad y los dioses. Dicha piedad encuentra su realización moral y material en una acción ritual incesante cuyo ritmo está determinado por un calendario particularmente rico y detallado.

Roma, como su arte y su literatura demuestran de manera elocuente, se ha visto siempre llevada a la notación del real, inmediato y vivido. Es, en la historia primitiva de Roma, donde podemos encontrar, desintegrados y humanizados, los más antiguos relatos míticos, transformados en *Res gestae*. A la luz de este descubrimiento, que el conjunto de comparaciones utilizadas parece confirmar, las figuras célebres de los dioses y de los héroes adquieren una dimensión distinta. Las divisiones divinas y sacerdotales de Roma conservan las huellas de la estructura social tripartita de los indoeuropeos, divididos en sacerdotes, guerreros y agricultores, cada uno de ellos con su correspondiente patrono divino.

Distinguimos así en el minucioso relato de Tito Livio sobre los primeros siglos de la historia romana la transposición humana, nacional y moral de mitos muy antiguos. La soberanía presenta en el pensamiento indoeuropeo, un doble aspecto, mágico y terrible por un lado, jurídico y pacífico por otro. En los países escandinavos en la pareja Odín-Tyr, y en la mitología griega con Uranos y Zeus. En el culto romano tenemos también a Júpiter, de un lado, y Dius Fidus, de otro. Pero Roma humaniza además esta antigua dualidad en la figura de sus primeros reyes, Rómulo, el violento, rodeado e la tumultosa cohorte de los Lupercos, y Numa, el jurista y sabio, adorador de *Fides*, la Buena Fe.

Observamos así la continuidad entre la herencia indoeuropea y la realidad romana. Parece, por tanto, pertinente plantear el problema de las etapas intermedias. Entre la religión indoeuropea y la religión romana debió de existir seguramente una etapa intermedia, surgida de una comunidad de vida itálica que probablemente podemos situar entre finales del segundo milenio y principios del primero. Quedando así explicadas las semejanzas y parentescos que se observa entre la lengua y la religión umbra, de una parte, y la lengua y la religión romana de otra. Las famosas inscripciones llamadas Tablas Eugobinas proporcionan datos preciosos.

Las Tablas Eugobinas describen en detalle las ceremonias realizadas cada año en Iguvium por un colegio sacerdotal, el de los Fratres Atiedii, con fines, por un lado, de purificación de la ciudadela, y por otro, de lustración del pueblo. A esto se le añade la enumeración de los ritos a ejecutar en fecha perfectamente

determinadas.

Ciertamente que el panteón umbro no presenta una fisionomía muy próxima a la del panteón romano. Júpiter, Marte y Vofonios, al que se aplica el oscuro epíteto de Grabovio, forman una tríada homóloga de la que en Roma forman Júpiter, Marte y Quirino, e igualmente relacionada con el estrato común indoeuropeo. Una gran parte de los nombres y de los epítetos de los dioses no encuentran equivalente en Roma. Es como si ningún tipo de estructura teológica rígida hubiera pesada jamás sobre ninguno de los dos pueblos, y ambos hubieron podido organizar su panteón con entera libertad. De ahí la gran abundancia de *numina*.

Al pasar del ámbito de los dioses al del ritual, la impresión cambia por completo, siendo en este último dominio la similitud y el paralelismo son asombrosos. El mismo tipo de ceremonias, de ofrendas y de sacrificios, el procedimiento religioso, el formalismo jurídico que preside la práctica del ritual, lo encontramos por igual en Gubbio y en Roma. Esta similitud se observa a todo lo largo de la historia de Roma. Roma permaneció tenazmente fiel a los mismos ritos y gestos. Esta especie de obstinación del ritual demuestra que en la religión romana el primado pertenecía al rito, por encima del toda creencia. El ritual litúrgico estaba dotado de una gran solidez desde los comienzos mismo de la historia de Roma. Aunque el panteón no estaba bien definido, observamos que la religión itálica esta fundada en un ritual sólido y firmamente establecido. Por tanto, observaremos en Roma y Umbría dos similares psicologías religiosas que dieron lugar a dos rituales muy próximos entre sí. En lo a los dioses respecta, diferenciados en uno y otro sitio, según las diversas condiciones históricas, conservaron no obstante una fundamental semejanza en le aspecto funcional.

RELIGION ROMANA ARCAICA.

Los sacerdocios.

El *sacerdos* es aquel que *proporciona lo sagrado *. El único para comunicar con el orden divino, fenómeno que hay que entender en un sentido unívoco, no recíproco. Cuando los dioses desean dirigirse a los hombres, no lo hacen a través de sus representantes oficiales, sino que eligen a cualquier individuo sin ninguna relación directa con ellos.

El sacerdote es el representante religioso de la comunidad, el encargado por el Estado para cumplir personalmente los ritos pertinentes o vigilar por su estricto cumplimiento, habida cuenta a demás del alto grado de ritualismo que a tener la religión romana. Esta capacitación le permitirá garantizar que la atención y la eficacia de los poderes divinos se concentraban sobre la ciudad para guiar sus destinos y asegurar sus perennidad.

Los sacerdotes vivían igual que cualquier otro ciudadano, debe cumplir con sus obligaciones cívicas. El sacerdote puede y debe casarse. Algunos de los sacerdocios requieren la participación de la pareja, como el caso del flamen Dialis y la flaminica y, el del *rex sacrorum* y *regina*. Era hasta tal punto esta conjugación litúrgica entre el sacerdocio y su esposa, que si moría la flaminica, el flamen tenían que renunciar al sacerdocio y convertirse en un privado. Además los hijos de este matrimonio servían asimismo en actos culturales como asistentes.

A continuación , hablaremos de los principales sacerdocios:

- El *colegio de pontífices* , estaba dominado por la personalidad y el papel organizador de su presidente, el *Pontifex maximus*. Los demás pontífices lo asisten y lo aconsejan, estando el sacerdocio constantemente entregado a la práctica y a la acción. El pontífice conoce la ciencia de lo sagrado e informa al Estado y a los ciudadanos sobre los deberes que les incumben. Es el guardián del culto nacional y vela por el mantenimiento de la tradición. A los largo de todo la historia de Roma permanece como árbitro del *ius divinum* derecho en materia divina. El colegio mantiene estrechas relaciones con las sacerdotisas de Vesta, las Vestales , que vivían cerca de la *Regia*, o lugar donde los

pontífices tenían sus deliberaciones.

- El *colegio de las Vestales*, escogidas por el sumo pontífice entre las muchachas comprendidas entre los seis y los diez años, debían permanecer vírgenes al servicio de la diosa por el espacio de treinta años. Guardianes del fuego de la ciudad, que jamás debían dejar de extinguirse, iban siempre vestidas de blanco y adornadas con diversas bandeletas. Un respecto general las rodeaba, pero si faltaban a su deber de castidad eran condenadas a muerte, enterradas vivas en un subterráneo y separadas para siempre del contacto con la sociedad de los hombres, a la que hubieran contaminado con su contacto.
- Otro gran colegio, el de los *Augures*, intérpretes de la voluntad de los dioses y guías indispensables de la ciudad. Los augures eran expertos en la ciencia que interpretaba la voluntad divina, pero además poseían la facultad para atraer sobre personas y cosas una fuerza sobre natural. El agur se situaba por lo general en un lugar elevado, desde donde se obtenía una buena visión. Entonces se procedía a la observación de los signos, por lo general el vuelo de las aves, y tenían por favorables todos aquellos que procedían de la izquierda. Pero también se tenían en cuenta otros factores, como las especies de aves que observaba, las características de su vuelo, los sonidos que emitían, su número, y todo ello servía al augur para determinar cuál era la voluntad divina a propósito de la cuestión que se consultaba. Los augures, todos sus miembros eran iguales y cada uno de ellos poseía todo el valor de su conocimiento.
- Los *flamines*, son sacerdotes especializados en el culto a una divinidad concreta, es decir no constituyen un colegio ni ningún otro tipo de asociación o cofradía sacerdotal. Cada uno de ellos es completamente autónomo respecto a los demás, actúa en solitario y dedica sus actos a un dios particular. Existían quince *flamonia*, tres mayores y doce menores. Los primeros lo que tuvieron una mayor importancia y de los que se posee mayor cantidad de información: sus dominaciones oficiales eran *Dialis*, por estar dedicado a Júpiter, *Martialis* a Marte y *Quirinalis* a Quirino. Numa creó los flamines para que los deberes religiosos del rey no fuesen abandonados por sus obligaciones.
- Bajo la monarquía etrusca se produjo el nacimiento de un nuevo colegio compuesto al principio por una simple comisión de dos miembros, encargados de consultar los *Libros Sibilinos*. Convertidos en diez y finalmente en eran quince, estos sacerdotes no tenían otra misión que la de simple consultores, ya que serán aquellos quienes encuentren en las misteriosa colección, que va a sufrir diversas transformaciones e incrementos a lo largo del tiempo, las diversas fórmulas expiatorias para exorcizar los prodigios que sucesivamente aterrorizan a Roma y parecen indicar una momentánea ruptura de la concordia establecida entre los dioses. El cuerpo sacerdotal contaba además con diversos poseedores y agentes de diversas técnicas especializadas y arcaicas, necesarias para la buena marcha de la vida de la ciudad.
- Por su parte, los *hermanos Arvales*, cumplían los ritos de un culto agrario destinado a garantizar la fecundidad de la tierra, en el bosque sagrado de la *Dea Ida*. Dentro de estos estaban los *Lupercos*, estaban encargados de velar por la eficaz protección de la cuna de Roma, el Palatino, alrededor del cual les arrastraba su carrera pastoril y tumultosa. Estos *sacerdotes lobos* de arcaico origen encuentran su paralelo fuera de Roma en los *hirpi* del Monte Soracte.
- Los sacerdotes danzantes o *Salios*, que formaban dos grupos, el del Quirinal y el de Palatino, ritmaban con la cadencia de sus cantos y danzas de las épocas de guerra. Marcaban el inicio de la estación guerrera en marzo y la clausuraban en octubre, con su pesado *tripudium* que sus mismos coetáneos ya observaban con curiosidad.
- En cuanto a la *cofradía de los Fetiales*, también relacionada con la guerra bien diferentes a la de los Salios. A ellos correspondía el anuncio de las declaraciones de guerra y conclusiones de tratados, asegurando su ritual preciso y minucioso y complicado la base religiosa, y más tarde moral y jurídica que era indispensable para el buen desarrollo de las expediciones militares de Roma más allá de sus fronteras, y sin la que las tales expediciones hubieran sido inconcebibles. Su ritual está lleno de elementos mágicos. El conjunto del complejo ritual de los Fetiales funda tanto en la moral como en el derecho de esas acciones decisivas para la vida de la ciudad que eran la declaración de la guerra y la conclusión de la paz, para la que una guerra fuera de los marcos del derecho, una guerra que no tome la forma de un *bellum pium instumque*, resultaba inconcebible.

2.2. Calendario.

El calendario es una institución de singular importancia, el armazón que regula y armoniza la vida de la comunidad, tanto en las relaciones entre los ciudadanos, como entre estos y las instancias políticas y por últimos con la divinidad. Su creación necesariamente ha de elevarse a los orígenes mismos de la ciudad, tras el año decamensual existente en época de Rómulo, atribuía a los reyes del siglo VI a.C. la introducción de un nuevos calendarios de doce meses y trescientos cincuenta y cinco días.

El panorama religiosos arcaico figura una serie de ceremonias que podríamos denominar calendariales, que se celebran periódicamente y en las que el rey, o su sustituto natural el flamen Dialis, desempeñan el papel de protagonistas: se trata de los rituales que tenían lugar en las *calendas*, las *nonas* y las *nundinas*. El día primero de cada mes, llamado *calendas*, un *pontifex minor* comunicaba al rey la aparición de la luna nueva y éste, reunido el pueblo en la curia Calabra sobre el Capitolio, anunciaba cuando serían las *nonas*, si el quinto o séptimo día del mes, para que de esta manera todos los ciudadanos, y especialmente aquellos que residían en el campo, acudieron a su nueva convocatoria; al mismo tiempo, la regina sacrificaba en la Regia en honor de Juno. En las *nonas* se celebraba los llamados *sacra nonalia*, ocasión en la que el rey comunicaba a todo el pueblo, las fiestas del mes. En los indus se celebraba el denominado *ovis idulis*, esto es el sacrificio de una oveja a Júpiter por parte de flamen Dialis. Por último, durante las *nundinas*, días de mercado que se celebraban de forma periódica, la flaminica sacrificaba en la Regia, mientras que el rey trataba directamente con los ciudadanos según las costumbres etruscas.

El rey se convierte en el auténtico protagonista del calendario, quien por su actuación asegura el decurso normal del tiempo. Se presenta por tanto como garante de la estabilidad de la comunidad romana, eslabón imprescindible en la cadena que les vincula a la divinidad.

Se celebran la festividad del Regifugium, es decir *la huida del rey*, cuyo significado originario era bastante misterioso. Los romanos de la época republicana conmemoraban en este día la supresión de la monarquía, pero ellos ya habían perdido el recuerdo del valor de la fiesta. La huida se explica por el juicio que a continuación se celebraba para determinar la responsabilidad en la muerte violenta de la víctima, por lo que algunos suponen que en Roma, el sacrificio que cumplía el rey también debía comportar algún sentimiento de culpabilidad. Con anterioridad al siglo II a. C., el año civil en Roma comenzaba con el mes de marzo, de manera que el Regifugium, al igual que los de Termalia, eran fiestas celebrativas del final de año. La huida del rey simbolizaría entonces el año que termina: como se ha llegado a decir, el rey no sólo anunciaba el calendario, sino que también lo vivía.

Mayores problemas levanta otra festividad paralela a la anterior, las Poplifugia, esta era la única fiesta que se celebraba entre las *calendas* y *nonas* del mes. El término con que se denomina esta fiesta significaba *la huida del pueblo*. Los antiguos daban dos tipos de interpretación, una histórica, según la cual los romanos antiguos daban dos tipos de interpretación, una histórica, según la cual los romanos habrían abandonado la ciudad ante la presencia de enemigos que varían según las versiones, y otro mitológica, que explicaba la huida del pueblo como consecuencia de la misteriosa desaparición de Rómulo.

El calendario se organiza de acuerdo con determinados criterios de eficacia ritual, aunque no de una manera rígida, se destaca la aparición de ciclos que comprenden aquellas festividades dirigidas a un mismo objetivo, como son fiestas relativas a la agricultura, a la guerra y a la maternidad.

Con respecto, a las festividades agrícolas ocupan en la práctica durante todo el año, sin embargo, tales fiestas se agrupan con una mayor intensidad en dos ciclos, uno en abril y en agosto que se duplica en diciembre. Se darán así: en enero, la Paganalia; en febrero, la Fornacalia.; en marzo, la Liberalia; en abril, están Fordicidia, Cerialia, Parilia, Vinalia, Robigalia y Floralia; en agosto, la Vinalia, la Consualia y la Volcanalia; en diciembre, la Opalia y Divalia.

Si las festividades agrarias ocupan un lugar de excepción en el calendario arcaico, pues la tierra constituía el principal medio de vida de los primitivos latinos, aquellas otras de carácter matronal alcanzaron también un lugar muy destacado, ya que su cumplimiento significaba la garantía de la continuidad demográfica de la ciudad. Cuatro son las celebraciones que merecen ser señaladas dentro de este ámbito: las Carmentalia, las Matronalia, la festividad de Bona Dea y las Matralia.

Pero la guerra no podía permanecer al margen del calendario. Sus festividades se reparten en dos momentos del año, que son los que señalan por una parte el inicio de la campaña militar y por otra el cierre de la misma. Con ellas se pretendía preparar ritualmente al ejercito para la función que debía cumplir, pero como se trata de una acción impura y contaminante, se lleva consigo la muerte y la destrucción, era asimismo necesario establecer unos rituales de purificación para que su reingreso en la ciudad no trajese la desgracia. Los meses de marzo y de octubre son en consecuencia los elegidos para estos fines, mientras que el resto del año permanece al margen de tal actividad. Marte era la divinidad guerrera por antonomasia y a ella se dirigían las festividades del mes de marzo, como la Equirria, Quinquatrus y Tubilustrium; y en octubre, la Equus October y Armilustrium.

RELIGIÓN ROMANA DURANTE LA REPÚBLICA.

Culto y ritual.

LA PLEGARIA

Los pueblos antiguos atribuyeron siempre grandes poderes a los nombre y, por ello, la invocación constituyó siempre un hecho fundamental de la plegaria y de la magia. El hombre romano debía escoger a la divinidad apropiada para la que se la requería e invocarla por su nombre correctamente. Algunos dioses eran tan poderosos y valiosos para el Estado que tenían nombre secretos, para evitar que los enemigos de Roma pudieran proceder a su *evocatio* y la ciudad quedara abandonada a su suerte.

La necesidad de invocar a la divinidad precisa fue de tal orden en el ritual romano, que Varrón elaboró una larga lista de las divinidades que debían adorarse asignando a cada una de ellas su función específica.

Pero la mayor parte de estas divinidades eran conocidas e invocadas casi exclusivamente por los pontífices. Esto no quiere decir, que los fieles romanos no debiesen tomar precauciones a fin no sólo de escoger al dios o a la diosa adecuados sino de invocarlos correctamente. Para evitar este tipo de peligros, los romanos empleaban en sus plegarias dos técnicas. La primera consistía en pronunciar todas las formas con que la divinidad era conocida. La segunda posibilidad era añadir de la invocación fórmulas como o cualquier nombre con que puedas ser llamado, bajo el nombre que prefieras. Con este tipo de fórmulas los romanos trataban de no provocar la ira de la divinidad por haber olvidado algunas de sus atribuciones.

No obstante era bastante frecuente que el individuo o el Estado no supieran a quién dirigirse. Cuando no existía seguridad acerca del dios que protegía una actividad o un lugar, era frecuente invocar a un dios desconocido.

Incluso algunas divinidades secundarias conocidas no tenían un sexo preciso.

Especialmente en momentos de peligro público, fue usual invocar a todos los demás colectivamente.

Tras haberse asegurado que el dios escucha, el siguiente paso de la plegaria era convencerle de que la petición era razonable; rara vez el devoto romano presumía en su plegaria un inmediato efecto favorable: En este sentido solía argumentarse que la súplica había sido atendida en el pasado o que era de su competencia atenderla.

La plegaria romana revistió diversas formas en función de las necesidades y las circunstancias. Sin embargo, frente a estas plegarias que piden beneficios o favores a los dioses existen otras que responden a diferentes intenciones. Aquella que no pide concesiones a la divinidad sino que ésta evite un mal o que el mal recaiga sobre el enemigo.

Otras, ni piden favores ni son vengativas; sólo poder continuar gozando de lo que se tiene, sin ser molestado.

El contenido de las plegarias era muy diverso, pero todas tenían en común la obligada meticulosidad de su formulación, cualquier error invalidaba la plegaria y obligaba a comenzarla de nuevo e incluso a repetir el ceremonial expiatorio.

Los magistrados contaban con la ayuda de un sacerdote o de un escriba que le iba anticipando las palabras que debía pronunciar; este procedimiento se llamaba *praeire verba* y trataba de prevenir las consecuencias de una equivocación.

El sonido de la flauta solía acompañar a la plegaria para evitar que algún ruido extraño pudiera distraer la atención del dios.

La plegaria estuvo estrechamente relacionada con el sacrificio. En unas ocasiones, éste era acompañado de una sencilla petición se formulaba la promesa de realizar un sacrificio cuando el dios cumpliera la petición.

Dicha promesa podía ser escrita sobre una tabla de cera que era depositada ante la estatua del dios. Si éste no atendía las súplicas de la plegaria, todo se olvidaba, pero si cumplía, debía ser inmediatamente pagado.

EL SACRIFICIO

La etimología de sacrificio pone de manifiesto que fue ésta una de las características esenciales del ritual romano. Lo que diferencia de una simple ofrenda es el principio de la vida: los dioses son esencialmente dioses activos cuya vitalidad necesita ser renovada.

El sacrificio romano es una idea que repugna, es necesario recordar que fue el hombre su primera víctima pagando probablemente con su propia vida y deshaciéndose de una parte de su propiedad. En Roma se produce la sustitución de la víctima humana por una víctima animal.

En el sacrificio, existía una minuciosa reglamentación, recogida en los manuales de los pontífices y harúspices, que velaba por su eficacia. El primer aspecto lo constituía la elección de la víctima que debía adecuarse a la divinidad en cuyo honor se realizaba el sacrificio.

Cuando se procedía a la fundación de una colonia, unos de los primeros actos de las nuevas autoridades era reglamentar la organización de la vida religiosa.

Se aceptaba un principio invariable: víctimas masculinas (*mares*) a dioses y femeninas (*feminas*) a diosas. Pero también el color del animal se tomaba en consideración: el blanco era reservado para las divinidades superiores y el negro para las infernales.

Incluso la edad y el tamaño variaban según la naturaleza del sacrificio y la ocasión.

Los sacrificios podían ser ofrecidos por los magistrados y sacerdotes en el transcurso de las ceremonias oficiales, como por el *paterfamilias* en el culto privado. Entre unos y otros no tenían por qué existir grandes diferencias cualitativas, pero en la práctica en los cultos familiares se recurría más a las ofrendas de cereales, fruta, queso, miel y libaciones de vino o leche que al sacrificio cruento.

Este era utilizado preferentemente en los ritos públicos, sobre todo en las festividades en las cuales se sacrificaban periódicamente animales muy diferentes.

Los templos asumían un gran protagonismo tanto en el caso de sacrificios públicos como privados. Ni los extranjeros ni los esclavos podían asistir a la ceremonia sacrificial, así como, al menos inicialmente, la mujer.

Por otra parte, dicho tabú estuvo directamente relacionado con otros, como la prohibición de beber vino.

Un momento especial de la ceremonia lo constituía la acción de verter con una la citada *mola salsa* sobre la testuz del animal y el cuchillo sacrificial, la denominación de dicha acción pasó más tarde a designar el sacrificio mismo, ya que el animal entraba a través de ella en la esfera de lo sagrado.

Era frecuente hacer luego una libación de vino sobre la víctima.

La muerte de la víctima debía sobrevenir de forma rápida y limpia; un animal medio muerto o que lograra huir, invalidaba el sacrificio y constituía un signo de mal augurio.

Inmediatamente después, tenía lugar la extracción de los órganos internos (*exta*) de la víctima que eran ofrecidos a los dioses. El sacerdote o el harúspice inspeccionaba antes el buen estado interno del animal, lo que era signo de que los dioses aceptaban el sacrificio; de no ser así, se consideraba un mal presagio, haciéndose necesario recurrir a nuevas víctimas de sustitución hasta tener éxito. Las vísceras finalmente eran cortadas en pequeños trozos para ofrecerlos a la divinidad. El momento existente entre la partición de los *exta* y su ofrenda al dios era de gran trascendencia.

La carne, era consumida por los hombre. En los sacrificios públicos, los senadores y sacerdotes comían separadamente del pueblo. El pueblo recibía una cantidad de carne menor que la de sus dirigentes, si bien en ocasiones ésta era gratuita.

Las raciones de carne distribuidas no eran iguales, siendo determinadas por el rango o el estatuto de cada ciudad. A través de la participación en el sacrificio como se establece y se define el estatuto en relación con el resto de los miembros de la federación.

La carne sacrificial podía también ser vendida en los mercados. Incluso en algunos casos el cadáver del animal era quemado en el altar, siguiendo el llamado rito *aqueo*.

Un error en la ejecución del sacrificio suponía, su repetición más la ofrenda de una víctima adicional, en el caso de sacrificios públicos, podía llegar a ser verdaderamente costoso; por esta razón existía la posibilidad de realizar un sacrificio preliminar, a veces en vísperas del sacrificio solemne, con el fin de expirar anticipadamente los posibles errores que se iban a cometer.

3.2. El espacio sagrado.

Así como durante la época primitiva y arcaica los cultos se realizaban en lugares naturales (bosques, montes, grutas, fuentes, etc.), desde las últimas fases de la época arcaica romana y durante la República, aquéllos se desarrollaron, sobre todo, en el interior del templo.

Es necesario distinguir los diferentes edificios y lugares de culto. Con mucha frecuencia los términos *aedes* y *templum* Castagnoli apunta, que el *templum* era un área grande delimitada por pórticos y *aedes* un edificio sagrado encerrado en ella.

El término *delubrum*, contrapuesto a veces al de *aedes*, parece designar un área abierta, en conexión con el edificio templar. *Fanum* también parece designar un área y no un edificio. El de *sacellum* es definido por los

antiguos como lugar sagrado *sine tecto* y se refiere también a las capillas con las imágenes de dios. *Sacrarium* aparece como perteneciente a la propiedad privada, pero no siempre se ajusta a lo conocido. Finalmente *lucus* designa un lugar de culto extraurbano, si bien existieron algunos *luci* en el interior de la ciudad.

El templo mayor de Roma es el Capitolio.

La construcción del templos y santuario esta en estrecha relación entre los acontecimientos históricos.

El personal del templo lo constituyen : los *ediles* fueron durante el periodo republicano los principales responsables del mantenimiento de los templos públicos con fondos procedentes de los mismos templos o de multas y sanciones; los *magistrados públicos* eran los responsables de la remoción de los ex-votos del templo y de su venta, del alquiler de los bosques sagrados o de la adjudicación a los publicanos de la manutención del templo a cambio de ex-votos que eran ya inservibles; los *censores o de comisiones especiales* eran los que corrían el cargo de los gastos extraordinarios y las mejoras; los *aedituus* le correspondía la responsabilidad diaria del templo, podía ser libre o esclavo. Pero ninguno de los templos latinos o itálicos dispusieron del numeroso personal que tuvieron a su servicio los templos helenísticos de Egipto o de Asia.

Con respecto a las funciones del templo destacan tres :

- Una, las *religiosas*, cuya tarea principal era cumplir en él los deberes religiosos, generalmente éstos podía ser: públicos (ejecutados por magistrados y sacerdotes) o privados (particulares que oraban o sacrificaban por su propias intenciones).
- Otra, las *económicas*, en los templos romanos dispusieron de terrenos que formaban parte del *ager publicus* y que estado consagraba a una divinidad, buena parte estaban constituidos por *luci*, bosques sagrados y el dinero que se obtenía de la venta del alquiler de dichos bosques era llamado *lucar*. El sacerdocio de cada templo disponía de un *arca* en donde depositaban las rentas provenientes del santuario, además de los emolumentos pagados por el Estado a los sacerdotes por entrar a formar parte de colegio, alcanzando cifras considerables, o el dinero recaudado por multas. Aunque la mayor parte de los bienes del templo procedía de las ofrendas voluntarias de los fieles, diferentes de las cuotas que debían pagar por acceder al interior del santuario o sacrificar en él. Los dones votivos, públicos o privados, constituían la principal riqueza de los templos y se clasifican en cuatro categorías : a) votos relativos a la salud de la persona; b) votos por el feliz regreso de un viaje o de una expedición militar; c) votos por el acceso a una magistratura o cargo público; y d) votos de los esclavos aspirantes a la libertad. Se ofrecían donativos de la décima parte de la fortuna personal del devoto o de sus ganancias en un negocio. O también obras de arte, procedentes de la ofrenda del botín capturado por el ejército al enemigo, o fabricados por *spolia*.
- Por último, las *políticas, sociales y culturales*, debido a la vieja exigencia de que el Senado romano se reuniera en un espacio cerrado y en un *templum* inaugurado, por lo que los templos tenían en ocasiones asignadas funciones civiles e importantes actividades culturales.

3.3. Calendario.

Durante la época republicana el calendario religioso mantuvo las antiguas fiestas de época numaica pero incorporó otras nuevas. Uno de los episodios históricos de este nuevo periodo que más repercutió en el calendario fue el asedio de Roma por los galos. Entre estas fiestas destacan *Alliensis dies*, *Supplicia canum*, *Transvectio equitum*.

Otras fiestas insertadas en el calendario republicano obedecen a la introducción de nuevos dioses, como *Megalensia* en honor de Cibeles, *Floralia* en honor a la antigua diosa itálica Flora.

En otros casos, algunas de las festividades arcaicas fueron reinterpretadas a la luz de los acontecimientos históricos producidos durante la república, como *Poplifugia* que conmemora la fuga del pueblo romano

atemorizado por los galos, los *dies natalis* del templo de la diosa Carina y del templo de Fortuna Muliebris , además de los *natalis* de los nuevos templos levantados a lo largo de la República para rendir homenaje a la divinidad tutelar.

Pero, sin duda, la principal novedad que ofrece el calendario religioso durante la República fue la multiplicación de los juegos (*ludi*), y su inclusión en el calendario. Como las *Cerialia*, *Floralia*, *ludi Romani*, *ludi plebeii*, *ludi Apollinares*, *ludi Megalenses*, *ludi saeculares*. Los *ludi* formaron parte de las principales festividades del calendario litúrgico.

3.4. La comunicación con los dioses.

Desde los orígenes de la cultura lacio, las gentes, preocupadas por reconocer e invocar a las fuerzas misteriosas que presidían los actos de su vida, creyeron reconocer las voces de aquéllas que presidían los actos de su vida, creyeron reconocer las voces de aquéllas en el rumor del viento cuando movía las hojas de los árboles, en el crepitar del fuego y, desde luego, en el movimiento de los animales, capaces no sólo de advertir o anunciar algo a los hombres, sino también de guiarles en sus empresas.

Desde muy temprano la tradición latina fue decantándose por una revelación directa que descansaba en la transmisión de voces y sonidos. Fueron muchas divinidades que dejaban escuchar su voz como Carmenta, Fauno y Fauna o las ninfas.

Naturalmente no eran pocas las dificultades para interpretar la voluntad divina y ya debieron surgir hombres y mujeres capaces de traducir el lenguaje divino que surge de los arroyos, del viento, de las aves o de los animales terrestres.

La civilización romana de la época monárquica y republicana, reaccionó con fuerza contra aquellos dioses a los que, mediante un largo proceso, anuló o redujo a la condición humana como se advierte en el caso de Carmenta (diosa de las parturientas, protectoras de los partos y nacimientos, además de la adivinación y la profecía).

La actitud de hostilidad hacia la adivinación natural se percibe bien en las relaciones de Roma con los centros oraculares itálicos. Cuando Roma llevó a cabo la anexión territorial del Lacio e Italia, entro en contacto con numerosos templos de carácter oracular. En todos ellos venían practicándose los oráculos *per sortem* , es decir , mediante la extracción al azar de una pequeña tablilla donde venía escrita la respuesta de la divinidad; ninguno de ellos practicaba ese otro tipo de adivinación que descansaba en el delirio inspirado de la sacerdotisa que parece haber sido desconocido. Uno de los que gozaba de mayor antigüedad y prestigio era el de Fortuna en Praeneste.

En general, las *sortes* conservadas adoptan una gran diversidad de formas y de materias. Muchas son tablillas de bronce o de madera pero otras están fabricadas con bronce o plomos. En cualquier caso, atestiguan el recurso casi exclusivo de la adivinación itálica a la escritura frente a una adivinación inspirada que en época histórica era rehusada.

Roma mantuvo desde los comienzos de la República un enorme distanciamiento hacia todos estos santuarios oraculares va en clara decadencia a finales de la República; dicha desconfianza viene primeramente explicada por el tipo de adivinación que se practicaban en ellos. Pero esta hostilidad viene también por el temor a que sus oráculos fueros puestos al servicio de una peligrosa política anti-romana., como los prestigiosos santuarios oraculares del mundo griego, como Delfos. Desde la fundación de la República hasta la instauración del Principado, Roma consultó oficialmente el oráculo de Apolos en Delfos en siete ocasiones. El motivo de la consulta fue que todos los casos de tipo ritual; roma no pretende tanto conocer su destino como los *remedia* necesarios para restablecer la *pax deorum*, durante la segunda guerra púnica. Pero una vez terminada esta guerra, los romanos no necesita ningún apoyo espiritual y Roma es capaz de entrar directamente en contacto con otros estados, sin la mediación de Delfos. Y a esto se le suma la desconfianza

por todo lo extranjero.

En lugar de esta adivinación natural e intuitiva, Roma conocía una adivinación representada por los augures y *decemviri* a la que vino a sumarse la de los harúspices de origen etrusco. Se trata de una mántica inductiva, basada en la observación de los fenómenos percibidos por el hombre. Dichos signos pasaban por ser expresión de la voluntad de los dioses y necesitaban ser convenientemente indagados e interpretados por los miembros de los respectivos colegios sacerdotales.

Los signos enviados por los dioses obedecen a diferentes categorías, pero todos ellos servían sólo para saber si los dioses aprobaban o no una determinada acción que se deseaba emprender bajo sus auspicios. Toda empresa proyectada tenía una parte de desconocido y era necesario asegurar su éxito consultando a la divinidad. La adivinación romana se caracteriza por circunscribir extraordinariamente su campo de aplicación, lo cual no autoriza de ningún modo a negar su existencia.

La primera de las categorías mencionadas la proporciona los signos escuchados, *omina*. Una frase o palabra pronunciadas inintencionadamente podía ser considerada anuncio del futuro inmediato que confirmaba o apartaba al hombre de su empresa. Al escuchar la palabra cabrían dos posibilidades: aceptar el *omen* o rechazarlo transformando su sentido. De esta forma el hombre romano se preservaba de un destino inexorable.

Una segunda categoría de signos era ofrecida por los *auspicia*; se trata de signos percibidos por la vista y mostrados generalmente por las aves. La trayectoria del vuelo, así como el graznido o el tipo de ave eran minuciosamente interpretados por los augures. Los magistrados romanos tenía también el derecho de auspicio pero de distinto valor en función de su rango. Pero tanto los augures como los magistrados se ocupaban más de asegurar el presente conociendo los signos, que de interrogar el porvenir.

La tercera categoría de signos, los prodigios, fenómenos que contravenían las leyes de la naturaleza, tampoco anunciaban el futuro, sino que la paz entre los dioses y la comunidad había sido rota.

3.5. Sacerdocios.

LOS QUINDECENVIRI SACRIS Y LOS LIBROS SIBILINOS

El origen de este colegio sacerdotal va indisolublemente unido a la figura de la Sibilina. Las silbinas eran adivinas que emitían sus oráculos en estado de trance o de éxtasis. Estas mujeres, que según la creencia popular podían llegar a vivir más de mil años, recorrían libremente el mundo impartiendo sus profecías. Otras de sus características es sin duda su inspiración profética.

En roma se guardaba tempranamente de este adivinación poniéndola bajo la forma de libros escritos custodiados por un colegio sacerdotal masculino: los *devemviri*. La introducción de los Libros Sibilinos en Roma se le atribuye al monarca Tarquinio el Soberbio. Según la versión más extendida, la sibila, bajo el aspecto de una vieja extranjera, propuso al rey venderle sus nueve libros de oráculos, pero éste rehusó a comprarlos por encontrar excesivo el precio. A cada una de las negativas de Tarquinio, la sibila quemaba tres de los libros. A fin, el rey etrusco compró los tres últimos por la suma que la anciana había pedido inicialmente; ésta desapareció para siempre y la colección oracular (los Libros Sibilinos) quedó depositada en el templo de Júpiter Capitolio.

Naturalmente sobre esta versión ha existido una considerable polémica. Dos hechos podemos considerarlos seguros: por una parte, parece indiscutible que es en el siglo VI a.C. cuando tiene lugar el origen de la colección; en segundo lugar; hemos admitir la posibilidad de que la colección de oráculos en hexámetros griegos hay recibido algún tipo de contaminación etrusca. También es posible que los Libros Sibilinos procedieran de una colonia griega.

Los Libros Sibilinos fueron consultados con bastante frecuencia durante la República, pero sólo en contadas ocasiones anunciaban o profetizaban algo, generalmente eran abiertos con ocasión de graves calamidades públicas o prodigios, y por ellos se limitaban a proporcionar los *remedia* necesarios para ponerles fin sin aludir a ningún tipo de anuncio.

Los senadores decidieron entregar los libros sagrados a un colegio masculino compuesto inicialmente por dos (*duunviri*) por diez (*decemviri*) y finalmente (bajo Sila) por quince (*quindecemviri*). Además de la precaución política que siempre suponía dicha custodia, los libros se consideraban resultado del trance o de la visión de una mujer de origen extranjero; se hacía necesaria una interpretación de los versos sibilinos.

Los *decemviri* parecen haber ido asumiendo un mayor protagonismo elevándose a diez. Las leyes *licinia-sexiae* de aquel año, que establecían la igualdad de patricios y plebeyos ante el consulado, fue determinante para que este sacerdocio se abriera también a la plebe repartiéndose los puestos entre cinco patricios y cinco plebeyos bajo la autoridad de *magister*. Dicha importancia venía dada por la introducción y organización de los nuevos cultos de origen griego. Es preciso recordar entre las innovaciones litúrgicas del colegio, pero también ceremonias expiatorias como las *supplicationes*, los *lectisternia* y los juegos. Los decenviros celebraban el ritual según el *graecus ritus*, es decir, con la cabeza al descubierto, siendo el delfín y el trípode las insignias del colegio.

En el último siglo de la República se produjo incendio en el templo de Júpiter Capitolino que destruyó los Libros Sibilinos. Iniciados los trabajos de reconstrucción se nombro una comisión de tres miembros para recoger los oráculos perdidos de la sibila y recomponer los libros sagrados.

LOS HARÚSPICES Y LA ETRUSCA DISCIPLINA

La presencia de los harúspices en Roma, en el siglo II a.C. para la colaborar en la expiación de los prodigios es un caso único. Pocas culturas antiguas permitieron a un sacerdocio de origen extranjero participar en la vida religiosa y política; Roma hizo esa excepción con los adivinos etruscos. Esto se debió al clima profundo de pesimismo y de angustia que se respira durante los años de la segunda guerra púnica, la necesidad de conocer el desenlace de la guerra desarrolló un extraordinario interés por el culto de las divinidades extranjeras e hizo que el pueblo depositara su confianza en nuevas formas de adivinación como los *harioli* o los *Carmina Marciana*. Todo acompañado vino acompañado además de un peligrosos abandono de los sacrificios y de los antiguos rituales romanos.

El arte de los harúspices permitía no sólo expiar los prodigios, sino que también interpretar aquellos signos que se manifestaban en tres ámbitos diversos: en ciertas anomalías de las vísceras de los animales sacrificados; en la aparición de los rayos y en la observación de los prodigios. A diferencia de la adivinación oficial romana, la técnica haruspical era capaz de conocer en todos ellos el porvenir anunciado por los dioses.

Su arte adivinatorio se fundamentaba en el principio de correspondencia entre el ámbito celeste y el terrestre.

Pero existía otro elemento no menos interesante, como *Disciplina etrusca*. Se trata de libros de origen divino cuyo contenido había sido revelado por los profetas. Pero en conjunto todos trataban de los tres aspectos que abarcaba la ciencia adivinatoria etrusca y estaban por ellos divididos en *libri haruspicini*, *libri fulgurales* y *libri rituales*. Estos libros fueron depositados junto a los Libros Sibilinos.

•

3.6. Adivinación y política.

La clase política veló por conservar la ciencia augural, las consultas de los Libros Sibilinos los *responsa* de los harúspices ya que garantizaban los intereses supremos de la República y suponían uno de los pilares

básicos de la religión y del *mos maiorum*.

Pero esta adivinación se encuentra al servicio de la autoridad de la de la *nobilitas* que se sirvió de ella sobre todo para controlar las asambleas populares. Los augures podían observar si existían signos desfavorables solicitándolos antes o durante el transcurso de una asamblea. Así, una elección o el voto de una ley que se preveían contrarios a los intereses de los grupos dominantes podían ser fácilmente evitados por los augures.

Pero también la *augurio* llegó a ser utilizado como arma política de unos grupos contra otros.

3.7. Ejército y religión.

Durante la República, se acentúa la ritualización de la campaña militar y de la declaración de guerra. Esta corría a cargo, de los *feciales* o de una delegación del colegio encabezada por el *pater patratus* responsable de pedir al enemigo la reparación; si antes de 33 días no se había producido una respuesta satisfactoria, el *pater patratus* lanzaba una *hasta praecista* sobre el terreno enemigo.

El templo de Jano constituía, un lazo mágico que unía la ciudad y sus habitantes con el ejército en acción.

Cuando el reclutamiento militar había concluido, los soldados debían jurar fidelidad a su general en una ceremonia conocida como *sacramentum*. Su finalidad no era otra que la de crear un pleno entendimiento entre la voluntad inapelable del jefe y la de sus oficiales y soldados, que permitiera una mayor efectividad en las operaciones y redujera el riesgo de desertiones o insurrecciones militares. Era tal su importancia que en el caso de que el general fuese reemplazado, el juramento debía repetirse ante el nuevo defensor.

El *sacramentum* hacía del ciudadano un soldado y le daba derecho a combatir el enemigo en una guerra regularmente declarada. Este se ajusta a las normas de una *lex sacra* que garantizaba también la inviolabilidad de los tribunos de la plebe, declarando *sacer* a quien atentara contra ella. El término de *sacramentum* pone claramente de manifiesto el ambiente religioso en que se desenvuelve la leva militar.

Antes de partir en campaña, el ejército debía someterse a ritos de lustración. Esencialmente consistía en disponer víctimas en círculo, antes de inmolarlas, alrededor de los efectivos militares.

También cuando el ejército de tierra establecía un nuevo campamento debía de cumplir un rito que recordaba el de la fundación de colonias y ciudades, quizá porque el campamento era considerado como *templum* o espacio consagrado. En su interior existían siempre altares para la realización de sacrificios.

Comenzadas ya las operaciones militares, el jefe del ejército debía tomar todo tipo de precauciones para garantizar que la empresa estaba bajo la protección divina, como era la toma de los auspicios. También debía observar la suspensión del combate durante la celebración de las *feriae latinae*, un periodo de tregua como durante los llamados *dies religiosi*.

También durante el transcurso de las operaciones militares podían recurrirse a dos rituales que se llevaron a cabo de manera excepcional: la *devotio* y la *evocatio*. Los romanos recurrían a ellos en los momentos de crisis, y su psicología religiosa se expresaba en ellos con gran claridad.

El rito de la *devotio* consistía en el ofrecimiento de una vida humana a los dioses para salvar del peligro a los ejércitos romanos. Los detalles son conocidos gracias a Tito Livio. Cuenta éste que, en una dura batalla contra los samnitas, el ala derecha romana, mandada por el cónsul Decio, cedió bajo presión enemiga, lo que decidió a Decio a sacrificarse por sus legiones. El pontífice presente le hace despojarse de sus vestiduras militares y vestir la toga pretexta, recitando una fórmula ritual que comienza por una invocación que abarca a la totalidad de los dioses romanos, distinguiendo entre los dioses *indigetes*, seguramente nacionales y originarios, y los *novensibles*, es decir, probablemente, los extranjeros domiciliados. Al lado de estas dos categorías de dioses

son también invocados, Jano, Júpiter, Marte padre, Quirino, grandes dioses a cuyo culto están adscritos el *rex* y los tres flámenes mayores. Vienen después en la invocación Bellona y los dioses Lares, divinidades de la guerra y del suelo nacional, y por último Tellus y los Manes, divinidades de la tierra y el mundo subterráneo, a todos los cuales ofrece Decio su propia vida por la salvación del ejército. Se trata de una especie de resumen del panteón romano. Y al mismo tiempo que su vida, Decio ofrece, en una especie de unión mágica, los ejércitos enemigos a los Manes y a los dioses de la tierra, tras lo cual salta al caballo y se interna en las filas enemigas. Transfigurado por el rito mágico, el cónsul toma una apariencia sobrehumana, semejante a un enviado de los dioses encargado de expiar su cólera y alejar de la patria la plaga que la amenaza para volverla contra los enemigos de ésta. A su vista, los latinos, espantados, emprenden la huida. La tradición quiere que tres miembros de la gens de los Decii hicieran sucesivamente y siempre en pro de la salvación de la patria la *devotio* de su propia vida, por lo que parece que dice gens poseía el privilegio de este rito arcaico y eficaz.

Por su parte, la *evocatio*, se trata de un rito que permite al jefe del ejército romano invitar a los dioses tutelares de la ciudad enemiga sitiada a abandonar su ciudad y venir a residir a Roma, donde les serán construidos templos más dignos de ellos. La apertura y la tolerancia de la conciencia religiosa con relación a las divinidades extranjeras encuentra aquí una expresión particularmente penetrante. El panteón romano se incrementa incesantemente con la adjudicación de dioses de orígenes diversos, etruscos, griegos, itálicos, orientales, etc. La mentalidad utilitaria de los romanos les impulsaba a acoger a cualquier potencia divina que pudiera favorecer la prosperidad e la *Urbs*. Generalmente esta acogida tenía carácter pacífico, continuándose el culto de la divinidad acogida por Roma en su ciudad originaria.

En cambio, la *evocatio*, practicada en tiempos de guerra grave, cuando de lo que se trataba era de arrancar al enemigo la protección de sus dioses y de hacer pasar tal protección de sus dioses y de hacer pasar tal protección a los habitantes de Roma, no podía tener carácter compartido.

Los dioses evocados de las ciudades enemigas, lo mismo que los acogidos pacíficamente, eran latinizados a su llegada a la Urbe, por más que su culto siguiera manteniendo sus caracteres de origen. Dentro del estilo de la *interpretatio romana* se operaba una asimilación entre el dios extranjero y una divinidad previamente existente en Roma, según la mentalidad romana, la diversidad local de los nombres recubría en realidad una analogía entre los dioses de las distintas religiones del paganismo antiguo.

Se recitaba el *carmen* para efectuar la *evocatio*. A pesar de las fórmulas de devoción y deferencia, se percibe, en el rito de la *evocatio* una tentativa de constricción que lo hace, en cierto modo, entrar en la esfera de la magia.

Se trata de que el dios o la diosa que habita su estatua cultural, acepta trasladarse de su primera patria a Roma. Una vez tomadas todas las riquezas profanas de la ciudad, se comenzó la tarea de transportar los tesoros de los dioses y a los dioses mismos, pero no como saqueadores, sino como devotos adoradores.

3.8. Aspectos del culto.

EL CULTO PRIVADO

El panteón romano es de una gran complejidad, y no cesará de enriquecerse a lo largo de los siglos, dando así lugar a una sociedad de dioses de aspecto abigarrado y en extremo diversa. En los inicios, Roma parecía poco dispuesta a lanzarse por el camino del antropomorfismo que reinó siempre en el país griego. Contaba más bien con agrupaciones de dioses, colectividades divinas de rasgos un tanto inciertos. El hogar familiar estaba protegido por el *genius* familiar y por los Lares y Penates, dioses de carácter local. Los Penates eran los protectores de las provisiones de boca. Su nombre era colectivo, lo que hacía superflua su caracterización individual. En todas las casas al ir a comer se hacía una ofrenda a los Penates para apropiárselos. Genéricas en cuanto al nombre, estas divinidades familiares no dejaron nunca de jugar un papel en el culto doméstico latino. Lo mismo sucede con los Lares, que, como los Penates, estaban vinculados a un solo lugar, recibiendo

sólo uno de entre ellos un epíteto que especificaba el campo de aplicación de sus actividades protectora, el *Lar familiaris*, a quien la *familia*, es decir, la familia en sentido amplia, incluida la servidumbre ofrecía sus operaciones y sacrificios. En las encrucijadas, los Lares de los dominio vecinos tenían erigida un capilla, donde se celebraban los momentos importantes de la vida del grupo y, en enero, tenía lugar un fiesta campesina. Con el tiempo, Lares y Penates adquirirán forma humana, sin que su papel de protectores familiares cambie en lo más mínimo. En las capillas de Pompeya, los Lares flaquean al *genius* del dueño de la casa, es decir, a su demonio personal, que lo acompaña tanto en la vida como en la muerte, y cuya fuerza parece genética, que asegura la perpetuación de la raza, queda manifiesta en su mismo nombre. Los cultos domésticos romanos permanecerán casi idénticos a lo largo de los siglos, siéndoles siempre ofrecida en la clama del hogar familiar la ofrenda del fuego al Lar , la del vino al genio y la del perfume a los Penates.

Hay además toda una serie de seres divinos y dioses familiares de menos envergadura que acompañan y protegen los diversos momentos y avatares de la vida, especialmente de la vida del niño: son los *numina* , fuerzas poco personalizadas, una especie de dioses epítetos. No hay por los demás grandes dioses que garanticen la supervivencia de los difuntos, a pesar de la importancia jamás desmentida que el culto de los muertos posee en Roma. Aquí, lo fundamental, por encima de toda representación divina o de toda creencia concreta, es el rito.

CULTO Y SIMBOLISMO FUNERARIOS

El culto rendido a los muertos es una necesidad esencial que se transmite de padre a hijo, lo mismo en otros pueblos de la antigüedad. Y es que los antiguos estaban convencidos de que el muerto continuaba viviendo bajo una tierra una vida disminuida y mediocre quizá pero en todo similar a la existencia que se desarrollaba en la superficie.

En Roma el difunto conserva todos los sentimientos y necesidades que experimentaba en vida y que hay que intentar satisfacerle, proporcionándoles sobre todo sangre caliente de las víctimas para reponer su debilidad. El vino servía como sustituto de la sangre y proporcionaba además una embriaguez bienaventurada. Todo el culto funerario comienza con la comida organizada en los funerales, el *silicernium*, comida en la que se suponía que el difunto tomaba parte. En los monumentos funerarios más vastos se habilitaba, además. Al lado de la sepultura propiamente dicha, un verdadero *tricinium* o comedor. Las creencias en tales ritos son igualmente vivas, cualquiera que sea la modalidad de sepultura utilizada, inhumación o cremación.

Encima de la tumba se colocan ramas de olivo, de laurel y de yedra, cuyo persistente verdor simboliza y parece garantizar la supervivencia después de la muerte. En tiempos del Imperio se construyeron cenotafios y cercados funerarios cubiertos de plantas para solaz del difunto. En ellos se sembraban preferentemente flores rojas, destinadas a imitar la sangre en la que reside la existencia. Al simbolizar la sangre del dios, estas flores garantizaban a los difuntos una resurrección similar a la de Attis, dibujándose así sobre las antiguas costumbres nuevas esperanzas de supervivencia.

El culto de los muertos está hecho de ternura y respeto. Las *pietas* es a la vez la piedad hacia los dioses y la piedad familiar y filial. Ambos sentimientos son indisolubles.

Pero la muerte, honrada siempre en Roma, presenta también un aspecto temible, y los antiguos rituales testimonian bien a las claras el temor de los vivos hacia seres desaparecidos que pueden muy bien ser propicios, pero también peligrosos. Se les denomina Buenos, *Manes*, pero se trata de una pura precaución o un puro disfraz. En primer lugar, la muerte es la más peligrosa de las manchas, viéndose obligadas las familias en duelo, la *familia funesta*, a sufrir las necesarias purificaciones para evitar el contagio. Otro lado el culto rendido al muerto responde a un respeto natural, pero también a una precaución de defensa, puesto que un difunto insatisfecho puede llegar a ser peligroso. Dos períodos el primero insatisfecho puede llegar a ser peligroso. Dos períodos del año les estaban, pues, consagrados, situados el primero en el mes de febrero y el segundo en el mes de mayo, en febrero, mes con que se terminaba el antiguo año romano y en el que se

multiplicaban las purificaciones, se situaban la *Parentalia*, entregándose la ciudad durante esta novena a unas fiestas totalmente carentes de alegría. La *Lemuria*, del mes de mayo, por su parte, evocaban un temor ancestral. Los difuntos, bajo el nombre de *lemures*, volvían a sus antiguas viviendas, y era necesario apaciguar a estas sombras, a la vez que alejarlas lo más rápidamente posible. Roma, una vez más, ha fijado sólidamente en ritos el temor primitivo hacia los muertos y a parecidos. El Estado garantizaba el respeto debido a las tumbas, necesario para la paz de los muertos.

Sobre estas creencias romanas ejercieron también su influencia la religión y la filosofía griegas. La concepción de los Infiernos y el reparto de los muertos según las reglas de una justicia rigurosa se fueron poco a poco extendiendo, sin llegar, a hacer desaparecer los ritos ancestrales: el mundo del Más Allá admite ideas diversas e incluso contradictorias.

• 3.9. *Magia.*

La religión y la magia constituyen dominios diferentes. Pero no es menos cierto que encontramos integradas en la religión romana oficial, prácticas inequívocamente mágicas.

Durante la época arcaica y republicana, Italia conoció una larga tradición de magas y hechiceras; las que gozaban de mayor prestigio eran las *marras*, peligrosas y sabanas.

Estas viejas ofrecían sus servicios en las inmediaciones del Circo o del Foro, generalmente durante las horas nocturnas. Con mucha frecuencia, practicaban también magia adivinatoria e incluso la necromancia.

Las hechiceras actúan en un estado de agitación provocado, quizá por el consumo de ciertas hierbas. Otro célebre personaje de finales de la República, Vatinius, fue acusado no sólo de evocar las almas de los muertos sino también de sacrificar niños para apaciguar a los dioses infernales.

La magia amorosa era el campo de acción preferido de estas viejas hechiceras itálicas.

La magia y la hechicería estaban en manos de mujeres que Columela usa el femenino cuando advierte contra los peligros de trazar conocimientos con *haruspices* y *sagae*, ya que ambos perviven las almas de los ignorantes con una vana superstición.

En las comunidades itálicas conocieron una magia autóctona o popular, que tuvo una especial aplicación en la vida rural. Los legisladores se vieron obligados a perseguir determinadas prácticas mágicas, especialmente aquellas que atentaban contra la salud, los bienes o la reputación de un individuo, especialmente del campesino.

Una de las prácticas mágicas más frecuentes, también penada por la legislación decenviro, fue el *malum carmen*, el encantamiento mágico.

En láminas de plomo se grababan palabras o expresiones de maldición, a veces en forma de figura humana. Se empleaban para maldecir individuos sobre los que se deseaban que cayera todo tipo de desgracias. Con mucha frecuencia se ansiaba, inmovilizar al adversario; la intención era simbolizada por un clavo que atravesaba la lámina de plomo y lo fijaba en sepulcros, pozos y en lugares profundos, considerados como acceso al mundo subterráneo.

Quienes las escriben o mandaban escribir daban todo género de detalles sobre el enemigo de evitar cualquier error de las potencias maléficas encargadas de ejecutar la maldición.

El deseo que la persona enemiga permanezca muda o no pueda decir dónde le duele, era casi una constante en

este tipo de imprecaciones mágicas que pedían a las potencias infernales que el adversario no pueda responder ni hablar.

Otra finalidad tenía el celebra *fascinum* o mal de ojo. Dicho mal residía en una mirada anómala. Esa mirada penetrante y aguda era peligrosa, sobre todo cuando se hacía insistente. Quienes eran felices o tenían fortuna, se consideraba que estaban particularmente expuestos al *fascinum* y podían ver cambiar su suerte.

Contra dicho peligro cabría valerse de la representación de ciertos animales (generalmente con cuernos) en toda diversidad de objetos (mosaicos, copas, ánforas, navíos).

La Ley de la XII Tablas preveía un severo castigo para aquellas persona que robase las cosechas de su vecino mediante procedimientos mágicos.

El *fucus* puede referirse tanto al instrumento utilizado para hilar la lana como a un rombo u objeto parecido, utilizado muy habitualmente en prácticas mágicas.

Uno de los principales elementos utilizados en la hechicería era el *venenum*, término que tenía el trivalente significado de remedio curativo, veneno y droga mágica o abortiva. El término *veneficium* designaba tanto el envenenamiento como las prácticas mágicas. Sólo el progreso de la botánica permitió una lenta distinción entre las plantas medicinales y las venenosas.

Las mujeres se vieron envueltas en numerosos procesos de *veneficium*.

LA RELIGIÓN ROMANA DEL IMPERIO.

El culto imperial

INTRODUCCIÓN : LA CONSECRATIO

El culto imperial es aquél rendido a los emperadores y a los miembros de la familia imperial muertos y divinizados oficialmente por un decreto del senado romano. Unos y otros calificados de *divus* (divino), en el caso de los hombre, o de *diva* (divina), en el de las mujeres; como dioses, cada uno de ellos contaba con su propio sacerdocio así como con ceremonias celebradas regularmente.

Para adquirir esta nueva naturaleza divina, era necesario que el Senado decretase la *consecratio*, lo que venía dado en función de los méritos y de la obra del emperador o de los miembros de la familia imperial.

Una vez que el decreto senatorial confería la apoteosis al emperador difunto, la liturgia de las exequias hacia del *funus imperatorium* una especie de triunfo final en la cual participaba el Senado, el pueblo y el ejército. Una parada de caballería rendía homenaje militares al nuevos *divus* en torno a la hoguera.

El momento culminante de esta compleja y rica ceremonia era el vuelo ascendente de un águila, soltada desde la cúspide del *rogos*. Si el águila simboliza a Júpiter o a la victoria sobre la muerte o era un águila solar que llevaba junto a los astros, es algo que probablemente dependió del diverso grado de formación o de pensamiento del pueblo romano. Un testigo debía confirmar haber visto con sus propios ojos al emperador abandona la pira y subir hacia el cielo.

LA ORGANIZACIÓN DEL CULTO IMPERIAL

La organización sobre la organización del culto imperial es muy irregular. El culto imperial se desarrolló a dos niveles: a) a nivel provincia (o interprovincial, como fue el caso de las Tres Galias reunidas) y b) en las ciudades (culto imperial municipal).

a) El máximo honor al que podían los provinciales era participar en el culto imperial como *flamen*. Este cargo sacerdotal era elegido por los delegados de las ciudades de la provincia en una reunión anual del *concilium*. Siempre se trataba de un ciudadano romano. El prestigio social de este cargo es enorme. El flamen debía residir en la capital provincial donde presidía las fiestas y ceremonias en honor de los emperadores divinizados. Estas comenzaban con un solemne sacrificio de toros ante el altar federal o provincial, al que seguían banquetes y espectáculos.

El culto a los *divi* constituía una excelente ocasión para que los delegados de la provincia recordasen la existencia y los problemas de ésta al gobernador o al propio emperador.

b) Respecto al culto municipal, lleva el título de *flamen* (hombre) o *flaminica* (mujer), seguido del nombre de la ciudad (*divi*) o del emperador del emperador divinizado (*divus*).

4.2. La magia.

La generalización de la magia indica la crisis de la religión tradicional; se perdió la creencia a ciertos dioses y a los demonios. La diosa más invocada fue Hecate, señora del reino de los muertos, fusionada con Selene–Artemis. Los magos también invocan al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y utilizaban para sus conjuros palabras y letra hebreas. Los dioses preferidos por los magos fueron los de Egipto.

Los dos pilares de la magia fueron la creencia en los démenes y en el proceso de simpatía. El cosmos se llenó de démenes como en el *Simposio*.

Otro ser demoníaco es aquel hombre o mujer a través de la cual habla un ser sobrenatural. Se les llamaban profetas, posesos del demonio, o llenos de dios. Generalmente eran individuos que padecían ataques de disociación.

Estas personas podía curar, hablar las lenguas de los démenes, leer los pensamientos, predecir el futuro. Se distinguió entre démenes buenos y malos. Las prácticas mágicas lograban, en la creencia popular, expulsar a los démenes perversos y utilizar los servicios de los buenos.

Existía la creencia en una simpatía o antipatía, que permitía sobre démenes, los dioses y los hombre.

El mago es quien conoce a la perfección estos procesos y sabe utilizar en cada caso concreto el remedio apropiado. El mago mediante las prácticas mágicas puede influir en el demos; en ellas mezclan observaciones químicas y físicas con supersticiones populares.

Los encantamientos se utilizaban con materiales obtenidos del reino animal, vegetal, o minera, si bien se podían emplear varios medios simultáneamente. Con ellos se elaboraban bebedizos, encantamientos, etc. Se usaban mucho determinadas partes del cuerpo de los asnos, se recogían plantas mágicas, las piedras preciosas tenían propiedades maravillosas.

La astrología asignaba a cada astro un animal, un metal, una piedra, una planta. Los dioses planetarios daban su fuerza y las fórmulas mágicas, debían hacerse con un metal determinado. Para influir en los muertos había que utilizar un objeto usado por el difunto, como las uñas, los cabellos, el sudor, la orina, trozos de vestido, etc. El uso de estos materiales había que acompañarlo de la voz humana y una determinada fórmula o súplica con la que se coaccionaba a las potencias superiores. Se proferían nombres bárbaros largo o se expresaban los nombres con el valor de los números. Se invocaban en varias lenguas a la vez. Con estas fórmulas y los nombre, los démenes se convertían en esclavos de los magos.

Un medio mágico lo constituyó las estatuillas y figuras mágicas, dentro de las cuales el mago podía retener con su conjuro el pneuma del demon y dios.

El mago también utilizaba para sus tablillas conjuros y amuletos de maldición. Sobre una lámina de bronce se escribía la maldición se depositaban en los sepulcros, lo que indica que eran los dioses infernales los encargados de su cumplimiento. Los amuletos los llevaba el devoto y eran generalmente de origen egipcio, y representaban animales. Para conjurar las plagas se usaban determinadas imágenes como Apolonio de Tiana.

La acción mágica estaba regulada muy detalladamente. Había que cumplir unos requisitos; principalmente, cumplir ciertos preceptos de abstinencia y de pureza e indicaciones de lugar y tiempo.

El acto mágico se dividía en cuatro partes : invocación, mediante una fórmula o súplica; ofrenda para propiciarse al demon, sin la cual el mago no se libraba de los espíritus. Las operaciones mágicas se dividían en cuatro grupos: encantamientos profilácticos y apotropaicos; agresivos y dañinos de poder y de amor a la incultura y a la superstición.

La magia se concebía como iniciación mística, pues se necesitaba un conocimiento de los detalles teóricos y prácticos, principalmente, del nombre. La conversión de este conocimiento a la práctica se llamaba comúnmente *arte mágico*.

El conocimiento de los misterios de la magia requería una iniciación. El saber mágico, al igual que en las religiones místicas, debía ser secreto: se debía mantener en la familia. El mago actuaba principalmente de noche.

4.3. La astrología.

La astrología de época imperial era un producto heterogéneo: había una astrología científica y otra popular. La primera requería cálculos complicados a los astrólogos se les llamaba matemáticos y se sentían sacerdotes que enseñaban el influjo de los astros. Se determinaban 350 estrellas y figuras celestes, a partir de las cuales se crearon dioses de los grados; lo más importantes eran los decanos que dominaban 10 grados.

Desde el siglo II el destino estaba concentrado en los planetas del zodiaco. Cada astro controlaba una determinada zona de la tierra, un tiempo determinado, plantas, animales, miembros del cuerpo humano, negocios etc. la astrología culta determinaba el estado del cielo en cada momento, y lo inscribía en las 12 zonas del horóscopo; este tipo de astrología era caro. La masa de la población tenía conocimientos astrológicos muy sencillos: se generalizó la creencia de que cada individuo tenía asignada una estrella. Para esta astrología prácticamente sólo contaban los años, los meses, los días y las horas, y a veces el zodiaco y la luna. La gente culta despreciaba a estos astrólogos. Entre los asiduos de esta astrología barata e inculta figuraban principalmente mujeres. La astrología llegó al interior del palacio imperial, principalmente a las emperatrices.

El papel que antes desempeñaron los oráculos, ahora lo realizó la astrología. Distinguía una astrología individual, que se refería sólo al individuo, y una astrología universal, que sólo se relacionaba con los pueblos, con las ciudades y, con la tierra. La astrología intentó descubrir la decisión más apropiada a tomar en todas las vicisitudes de la vida. Una rama de esta última astrología fue la astromatemática, que a partir de la posición de las estrellas, diagnosticaba las enfermedades y los remedios para la curación. Las ideas astrológicas influyeron en la concepción del mundo y en la geografía. También en las creencias de ultratumba entre las personas cultas (se empezó a creer que las almas subían y se convertían en una estrella).

La astrología influyó en la idea de un viaje por el cielo del mitraísmo y del hermetismo. La masa de la población sólo creía que las almas de los justos participaban en el cielo de la eternidad de los dioses estelares, o que iban a los Campos Elíseos situados en la Luna.

Las ideas astrológicas lograron cambiar igualmente la concepción sobre los dioses. Se alternó el carácter del panteón, al asimilar los dioses a los astros, y convertir a Júpiter y a Saturno en astros. El culto del Sol cobró

mayor importancia: los astrólogos y los estoicos defendían la supremacía del Sol sobre las estrellas.

También se generalizó la personificación de la noción de tiempo y de eternidad, partiendo de ciertas creencias persas.

La astrología defendió que el destino de los hombre y de los dioses esta ligado al influjo de los astros; esta teoría condujo finalmente a un fatalismo.

4.4. La adivinación.

La concepción más antigua sobre la adivinación hacia de ésta un don de los dioses. Se dividió en adivinación artificial y adivinación natural. Esta adivinación se basaba en el éxtasis y en los dotes naturales y era posible de aprender: aquélla se basaba en la observación de diversos signos.

Al igual que la magia, la adivinación condicionada a ciertas normas. Los oráculos se daba generalmente en días determinados y en lugares especiales, cerca de fuentes o fosas naturales. La adivinación quedó relegada a ciertas familias y se convirtió en oficio. Se exigía al adivino determinados preceptos de pureza y abstenerse de relaciones sexuales y de algunos alimentos. Condiciones especiales para la adivinación eran el sueño de noche, y el estado agónico.

Al disminuir el prestigio de los templos oraculares, aumentó el de las colecciones escritas de oráculos, como medios de propaganda política y religión. Se han conservado los sibilinos de judíos y cristianos.

Los adivinos contemplaban el mundo superior y futuro. Durante el éxtasis el alma abandonaba el cuerpo; otras veces la divinidad penetraba en él.

La manteca onírica pertenece a la fenomenología de la adivinación inmediata. El sueño el alma por la boca y vagaba por los espacios. Los intérpretes de sueños preferían explicar aquéllos tenidos de madrugada. Con el tiempo se acumuló una serie de preceptos alimenticios, que había que guardar, tanto para los sueños privados en casa, como en los tenidos en los santuarios. Los oráculos de incubación de Serapis y de Asclepios, que fueron los más famosos, eran de carácter terapéutica y rara vez de adivinación.

Las almas de los difuntos podían provocar sueños. Para obtenerlos la gente se tumbaba sobre los sepulcros y en las llamadas entradas del Hades. Los sueños son provocados por los demonios malos y eran una forma de adivinación accesible a los ricos y a los esclavos, que no se puede impedir.

En la magia también los sueños desempeñaron un papel importante: los magos los producían mediante fórmulas mágicas, siendo después interpretados con un carácter alegórico simbólico.

La adivinación artificial se basaba en la observación e interpretación de los signos del exterior. Se observaban todos los fenómenos de la naturaleza, como las tormentas, el rayo, el trueno o los fenómenos antinaturales, como los abortos, la lluvia de piedra, de sangre, etc. También el vuelo de las aves, el graznido del águila o de las aves nocturnas, el agostar de las plantas, o su crecimiento rápido.

Ciertos animales, como los gatos, las arañas y las liebres presagiaban desgracias. Se solía examinar el comportamiento de ciertos animales y las reacciones humanas. Como sacrificios expiatorios y con acciones simbólicas, se podían evitar las desgracias anunciadas por el signo. Se observaban hasta las mayores nimiedades.

El propio hombre podía producir signos mánticos. Se creía que en la observación del rayo y del vuelo de las aves y las entrañas fueron en Roma muy importantes debido al influjo etrusco. El examen de la entrañas se hacía con víctimas o embriones humanos. También para la interpretación del futuro se recurría a oscilaciones

de la llama de una lámpara, a los espejos mágicos, o a las imágenes reflejados en la superficie del agua. Se veían los dioses, los demonios o, el alma de los difuntos. Se practicaba la hidromancia en privado. Se empleaban con fines mágicos cribas colgadas y quesos.

4.5. El culto a los muertos.

El culto a los héroes data en Grecia de época micénica. En vida se divinizaron personajes históricos, legisladores y atletas vencedores. El culto al héroe se celebraba en torno a la tumba que se situaba con frecuencia en el templo. Un mismo héroe tuvo varias sepulturas.

4.6. Dioses salutarios.

El más famoso fue Asclepio cuyo culto se mantuvo al menos hasta el siglo II d. C.

Asclepio curaba también en Epidauro, mediante la incubación, que tenía lugar en unos pórticos. El enfermo soñaba las intervenciones médicas o las amonestaciones del dios y debía beber antes el agua de una fuente sagrada. Asclepio sanaba todo tipo de enfermos, a juzgar por los relatos que han quedado de las curaciones: mudos; hidrópilos, paráliticos, ciegos, etc.; lograba incluso que se tuviera descendencia.

Otros dioses salutarios fueron Isis y Serapis, que curaban mediante sueños. También socorrían a los devotos en los peligros de la vida. En los templos de Isis y de Serapis actuaban intérpretes de sueños.

4.7. Imágenes curadoras.

Se atribuían curaciones a las imágenes divinas. La divinidad se aparecía a los devotos en forma de una estatua. Las estatuas de los héroes también tenían efectos salutarios recogiendo varias curaciones. Las estatuas de los atletas también curaban enfermedades.

LAS RELIGIONES ORIENTALES.

Paralelamente a este proceso desigual seguido por las diversas partes del mundo romano en este asombroso proceso de asimilación, la inquietud de los individuos los empujaba hacia las nuevas soluciones propuestas al problema de la supervivencia personal. Los cultos místicos griegos y las religiones orientales conocieron un éxito inmenso bajo el Imperio, repartiéndose entre sí inquietudes y aspiraciones hasta el triunfo tardío del cristianismo. Jean Baver ha distinguido en las religiones de salvación las que se basan en resurrecciones vegetales, y se sitúan en un plano biológico, y las que, por el contrario, se fundan en una visión cósmica del mundo y adjudican a los ciclos de renovación de los astros un valor esencial. Las interferencias entre ambas fueron numerosas por lo que su división no puede ser muy tajante. Entre las primeras figuran las religiones helénicas de origen antiguo, la de Deméter y la de Dionysos, el culto asiático de Cybele y el egipcio de Isis. Entre las segundas, los cultos solares sirios y la religión Mithra.

Dionysos-Baco supo ganarse un amplio favor en las diversas partes del mundo romano, lo que hizo que las persecuciones del 186 a.C. quedarán olvidadas en tiempos del Imperio. La decoración dionisiaca de una gran cantidad de sarcófagos de los siglos II y III d.C. demuestra la tendencia a la universalidad de este culto secreto que prometía una vida dichosa de éxtasis en el Más Allá, por medio de su iniciación simbólica. La Cybele asiática y la Isis egipcia conservaron e incluso reforzaron su fisonomía oriental, ya que era precisamente esto lo que les hacía atractivas a las almas inquietas y ávidas de evasión. Extrañeza y exotismo resultaban poderosos factores de seducción, porque el fiel

que escogía a estas diosas entraba en un mundo totalmente alejado del paganismo grecolatino. El devoto escogía su divinidad, se entregaba a ella y se sometía a un clero que había consagrado su vida al servicio del culto. El sacerdote se convertía en guía que conducía al iniciado, haciéndole participar en los mitos de

resurrección, en la tan deseada vía de la salvación personal y la inmortalidad dichosa. Las más peligrosas pruebas físicas no sólo eran aceptadas, sino vivamente deseadas, ya que el mérito que en ellas se conseguía actuaba como garante del éxito de la fe. El dios compañero de la diosa, Attis en un caso, Oiréis en el otro, había conocido por sí mismo la resurrección, tras la muerte, por lo que al celebrar con pena y alegría inmensas los sucesivos estados del dios fiel prefiguraba la suerte que a él mismo le aguardaba.

También fueron influidos por la ideología astral, cuya influencia crecía sin cesar, los cultos del Sol y de Mithra difundían escatologías celestes de origen sirio e iranio. Las filosofías helenísticas habían familiarizado a las gentes con la idea de dios cósmico, señor de los astros, y el culto del emperador había concretizado la noción de una posible inmortalidad cósmica. El emperador difunto aparecía en los monumentos figurativos elevado al cielo por un águila. Pero la idea de un dios solar sólo verdadera ciudadanía en el Imperio con los emperadores sirios del siglo III. En el 274 d. C. el emperador Aureliano levantó en el Campo de Marte un amplio santuario al *Sol invictus*, cuya fiesta quedó establecida el 25 de diciembre, día del renacimiento de la luz, hacía importantes progresos merced al favor de los ejércitos romanos, a quienes resultaba próximo por su carácter viril. En las criptas mitraicas que se multiplicaban por las provincias del Imperio, y principalmente en las áreas militarizadas de zonas fronterizas del Imperio, Mithra era venerado como tauróctono, representando plásticamente en el momento de dar muerte al toro de la fecundidad, de cuya herida surgían todas las formas vivientes. Todo un cuadro cósmico rodeaba al dios, y éste era adorado al mismo tiempo que el sol, y éste era adorado que su fiesta estuviera también situada el día del solsticio de invierno. Dios creador y bienhechor, Mithra era adversario del dios del mal, con todo su cortejo de miserias. Así, con él se extendió la idea irania de la lucha permanente entre el bien y el mal, idea antigua que sobrevivió al fin mismo del paganismo romano, por intermedio del maniqueísmo.

A principios del siglo, el monoteísmo cristiano fue autorizado a desarrollarse libremente. A finales del mismo siglo, Teodosio concedió un puesto exclusivo en el Imperio, aboliendo para siempre el paganismo. El mundo romano pasaba así de un politeísmo muy diversificado a la fe de un dios único, dentro de una religión que no admitía culto alguno al lado del suyo. Independientemente de la historia del cristianismo naciente que se desarrolló en los medios judaicos helenizados, toda una serie de condiciones favorables facilitaron esta marcha hacia un monoteísmo que era exactamente lo contrario del espíritu de las anteriores religiones. La misma multiplicación de los cultos, de los sacerdocios y de los dioses, así como la proliferación de potencias sagradas surgidas de regiones y reflexiones diversas, hacían necesario de un proceso de reagrupamiento, de unificación, lo que se ha llamado una sincretismo. Es preciso imaginarse lo difícil que debía resultar para un pagano del siglo III llegar a comprender esta coexistencia de dioses tan infinitamente variados. Una especie de necesidad natural de simplificación hizo que las divinidades de salvación comenzaran a agruparse y a confundirse entre sí, concentrándose sobre determinados dioses concretos los atributos de los otros. Por otro lado, en un imperio regido por un soberano universal, tenía que resultar natural, la unificación en una sola de las diversas potencias de lo sacro. Pero estaban, sobre todo, los movimientos filosóficos-religiosos, como la gnosis o el hermetismo, que desarrollaron sistemas orientados a unificar la ciencia y la religión, a conciliar la reflexión y la fe, a través de los cuales se dibujaba una tendencia hacia la subordinación concebida a veces como celeste y solar. Se trataba, de una marcha titubeante hacia un monoteísmo de orden intelectual, fundado sobre una astrología de ribetes científicos, y favorable a la idea de una unidad cósmica.

Estas tendencias inherentes al paganismo agonizante constituyeron el principal factor de éxito para el cristianismo. Pero el monoteísmo cristiano triunfante se volvió muy pronto contra aquel mismo paganismo que le había abierto las puertas del éxito. Declarándose como religión única y universal, puso definitivamente fin a la apertura y a la tolerancia que había caracterizado a la religión romana. Del paganismo antiguo sólo subsistió el sentido del orden y de la organización que abrió el camino a la dominación pontifical.

– BIBLIOGRAFIA:

– BLÁZQUEZ, J. M. *Historia de las Religiones Antiguas. Oriente, Grecia y Roma*. Editorial Cátedra. Madrid . 1993

- MAURY, L.F.A. *Religión, superstición y magia en el mundo romano*. Universidad de Cádiz. Cádiz. 1985
- MONTERO, S. *La religión romana antigua*. Editorial Akal. Madrid. 1990
- ROLDÁN, J. M. *El imperio romano. Tomo II*. Editorial Cátedra. Madrid. 1989
- *Las religiones en la Antigüedad. Vol. III*. Editorial Siglo XXI. Madrid. 1984

LA RELIGIÓN ROMANA Pág. 1

HISTORIA DE LAS RELIGIONES EN LA ANTIGÜEDAD